

Tres kilómetros y medio, en los que se ven algunas ruinas, entre ellas las calificadas por algunos de la casa de Obed-Edom, antes citada, separan por el lado oriental á Soba de la aldea de Kulonich, de quinientos habitantes, situada en la falda de peñascoso monte que se eleva en gigantescos escalones. Entre las casas, que están dispuestas en anfiteatro, álzase una mezquita antiquísima.

Por los afueras inmediatos del pueblo corre abundante y cristalina fuente, y junto al camino vense las ruinas de un edificio, cuyos paredones, formados con excelentes sillares, permanecen aún en pie hasta cierta altura, mas sus bóvedas yacen en el suelo convertidas en escombros. Chateaubriand opina que á no ser hebreaica esta fábrica es seguramente romana.

A poco se ve un hermoso valle plantado de limoneros, naranjos, membrilleros, viñas, olivos, etc., y regado por seis fuentes, de las cuales la más abundante y próxima al camino está á la izquierda de éste y se llama Ain-el-Jisr, fuente del puente, y algunos pasos más allá atraviésase el uadi-Beit-Hanina, designado generalmente por los peregrinos con el nombre de torrente del Terebinto, por medio de un puente de cal y canto, cuyas pilas datan de la época romana, al paso que los arcos, en especial el mayor, de forma ligeramente ojival, muestran ser obra de época más moderna. Este torrente atraviesa de parte á parte el pintoresco valle del mismo nombre, y valle y torrente, que tan distinguido lugar ocupa entre los recuerdos de nuestra infancia, hállanse cercados de colinas vestidas de morales y olivos, ofreciendo en sus alrededores gran variedad; el torrente serpentea al pie de esas montañas, ora desnudas de vegetación, calcinadas y abrasadoras, ora cubiertas por la sombra de los sicómoros, de las vides y de los terebintos; en las cuevas algunos cercados de moscales animan extraordinariamente esa naturaleza grandiosa, al par que triste y agreste, seductora cuanto grave, digno campo de las peleas de los gigantes y de las sublimes escenas de la Biblia, en el cual parece que aun se perciben los victoriosos cantos de las matronas de Israel, y los lúgubres acentos de las lamentaciones de Jeremías, «naturaleza triste y agreste, pintoresca y solemne, todo en ella induciría á la poesía á inventar para aquel teatro heroicos episodios si la historia no estuviese allí presente para ofrecer el trabajo hecho.»

Sobre una de estas montañas estaban acampados los filisteos, y sobre otra, en frente de ellos desplegábase las tiendas de Israel, y la hondonada separaba á los combatientes. Unos y otros medían sus fuerzas, y aunque todos deseaban el combate, vacilaban en empeñar la acción por

la desventaja que daba el terreno á los que primeros atacasen. Esta incertidumbre duró cuarenta días, cada día de los cuales salía del campamento un gigante que se llamaba Goliat, el cual tenía una estatura de más de seis varas, llevaba un casco de bronce en la cabeza, una lanza formidable en la mano, y una coraza que pesaba más de un quintal; y presentábase al frente de las tropas israelitas, gritaba con voz de trueno: «Elegid entre vosotros á un hombre que pelee conmigo. Si me mata, seremos vuestros esclavos, pero si le doy muerte, vosotros nos serviréis.» Este insulto llenaba á Saul y á Israel de un gran temor.

Pero sucedió que el joven David, cuyos tres hermanos mayores seguían á Saul en la guerra, dijole Isai, que era uno de los hombres más avanzados en edad de su tiempo: «Toma para tus hermanos una medida de harina y estos diez panes, y corre á ellos hasta el campamento. Llevarás también estos diez quesos al tribuno, y verás si tus hermanos están buenos.» David se levantó muy temprano, encargó el cuidado de su rebaño á un pastor y se fué con todo lo que había mandado Isai, y vino á la circunvalación del campo, corriendo al lugar de la batalla para informarse del estado de sus hermanos. Cuando todavía estaba hablando de esto, se dejó ver Goliat, oyendo David sus palabras. Notó que los israelitas, en viendo á este hombre, huían de su presencia. Y dijo un particular de los de Israel: «¿No habéis visto á ese hombre que ha salido? A insultar á Israel ha salido. A aquel, pues, que le matare le dará el rey grandes riquezas y le dará su hija por mujer, y hará exenta de tributos en Israel la casa de su padre.» Y habló David á los hombres que estaban consigo, diciendo: «¿Qué darán al hombre que matare á este filisteo incircunciso que ha insultado los escuadrones del Dios viviente?» Y el pueblo repetía las mismas palabras, diciendo: «Esto y esto darán al hombre que le matare.» Y cuando le oyó hablar con los otros Eliab, su hermano mayor, indignóse contra David, y dijo: «¿A qué has venido acá, y por qué has abandonado aquellas poquitas ovejas en el desierto? Yo conozco tu altanería y la malicia de tu corazón, que has venido á ver el combate.» Y respondió David: «¿Qué he hecho? ¿Es esto más que una palabra?» Y apartándose de él un poco para ir hacia otro, y repitió las mismas razones, y la gente le respondió como antes.

Estas palabras de David fueron repetidas á Saul que mandaba la hueste, quien le mandó se llegase á su presencia. Levantado su corazón por el secreto instinto que empuja á las grandes empresas, acalló la voz de una falsa prudencia, presentóse David á Saul, y le dijo: «No desmaye el corazón de ninguno á causa de él; yo, tu siervo, iré y pelearé con aquel filisteo.» Contestóle Saul, que sus pocos años, su inex-

perencia en las armas y hasta sus miembros no muy fornidos le hacen poco apropiado para aquel combate con un hombre monstruoso y guerrero desde su juventud. Pero David replicó que cuando guardaba los rebaños de su padre, si venía un león ó un oso y le tomaba una oveja del rebaño, corría detrás de ellos y les arrebatava la presa de los dientes, y si ellos se volvían contra él, los cogía del pescuezo y los estrangulaba. «Ahora iré yo, prosiguió el valiente pastorcito, contra ese filisteo y libraré del oprobio al pueblo de Dios. El Señor que me ha librado de las garras del león y del oso, El mismo me librará también del filisteo.»

Consiente el rey al fin, diciéndole: «Anda, y el Señor sea contigo.» Exige empero que el novel guerrero encubra con su regia púrpura; puso á David su armadura, pero éste no acertaba andar con la coraza y el casco, y dijo á Saul. «No puedo andar así, porque no tengo práctica.» Despojóse del todo David, y tomó un lazado que llevaba siempre en la mano, y en el torrente del Terebinto cogió cinco guijarros muy limpios y los echó en el zurrón que tenía consigo, y tomó la honda en la mano y se fué en busca del filisteo. Y el filisteo venía andando y acercándose hacia David, y delante de él su escudero. Y cuando el filisteo vió á David, lo despreció porque era un joven rubio y de aspecto hermoso. Y dijo Goliat á David: «¿Soy yo por ventura, algún perro, que vienes tú á mí con un palo?» Y maldijo á David por sus dioses. Dijo David: «Tú vienes á mí con espada y lanza y escudo: mas yo vengo á tí en el nombre del Señor de los ejércitos, del Dios de los escuadrones de Israel, á los cuales has insultado hoy y el Señor te pondrá en mis manos y te mataré y quitaré tu cabeza de tí, y daré hoy los cadáveres de los filisteos que están en el campamento á las aves del cielo y á las bestias de la tierra, para que sepa toda ella que hay Dios en Israel, y reconozca toda esta generación que el Señor salva, no con espada, ni con lanza, porque El es el árbitro de la guerra y os pondrá en nuestras manos.»

Como el filisteo se levantase y viniese y se acercase hacia David, se apresuró éste y corrió al combate contra Goliat. Y (en este valle entre Ain-Karim y el puente), metió David su mano en el zurrón y sacó una piedra que disparó con la honda y dándole vuelta hirió á Goliat en la frente; y la piedra quedó hincada en la frente, y cayó en tierra sobre su rostro. Y como David no tuviese espada á mano corrió y se puso sobre el filisteo, y le quitó la espada, y la sacó de la vaina, y le acabó de matar y cortóle la cabeza.

Cuando los filisteos vieron muerto al más valiente de ellos, huyeron;

ron; y levántandose los de Israel, y Judá, dieron gritos y los fueron acuchillando hasta llegar al valle y hasta las puertas de Accarón, alcanzando completa victoria. Volviendo los de Israel, después de haber perseguido á los filisteos, saquearon su campo.

Al tiempo que Saul vió salir á David contra el filisteo, preguntó á Abuer, general de sus tropas: «Abuer, ¿de qué familia descende?» Como Abuer manifestase que lo ignoraba encargóle el rey se informase de quién era hijo el joven David. Luego que volvió éste, después de haber muerto al filisteo, llevóle Abuer y le presentó á Saul, teniendo en su mano la cabeza del filisteo, y dijo Saul: «¿De qué familia eres, oh mancebo?» Y respondió David: «Yo soy hijo de vuestro siervo Isai de Bethlehem.»

La pregunta de Saul parece extraña. David había pasado un tiempo considerable en su palacio tocando el arpa en su presencia, y hasta le había cogido cariño y le había hecho escudero suyo; un poco antes, cuando le revistió con sus propias armas, debió necesariamente reconocerle, ó al menos preguntarle por su nombre. A esto se dice, que á consecuencia de la manía que le atormentaba, Saul podía estar trascordado, ó que conociendo á David, quería sin embargo saber con toda exactitud de qué familia era, pues se trataba nada menos que de darle su hija. Quizás también este lenguaje fuera efecto de vanidad y envidia. Mientras que veía al formidable gigante acercarse con sus bravatas, estaba muy dispuesto Saul á dar todo al que le matara; pero luego que le ve tendido en tierra, parece que se arrepiente de sus promesas.

Un rey que tenía en más ser honrado delante de los hombres que el ser reprobado de Dios, debía entrever con un secreto despecho que este honor iba á pasar en gran parte á otro, á uno de sus súbditos, y esto sin que él encontrase en ello nada que mereciese desaprobación.

Sea de ello lo que quiera, por lo que respecta á la conducta de Saul con David, la de su hijo Jonathás fué bien diferente. Este es uno de los mejores y más amables caracteres que se pueden encontrar aún en la Sagrada Escritura. Cuando David hubo acabado de hablar á Saul, el alma de Jonathás se ligó estrechamente al alma de David; llamólo como á su alma. Saul, fuera por asegurarse de David, fuera por emplearle, ó fuera también por complacer á su hijo, le tuvo á su lado desde aquel día y no le permitió volver á la casa de su padre.

Jonathás hizo con David una estrecha alianza, pues, como se ha dicho, le amaba como á su alma. Jonathás se despojó de su manto y dióselo á David, y también otras ropas, y su espada y su arco, y aun su cinturón. Y David iba por todos los lugares donde Saul le enviaba,

y él obraba con prudencia. Saul le dió el mando de jefe de sus tropas, y era agradable á los ojos de todo el pueblo, y especialmente á los servidores de Saul.

Tanta gloria, y gloria tan súbita, no llegó á desvanecerle nunca; no le hizo desconocer la pequeñez del hombre y la grandeza exclusiva de Dios. En la marcha triunfal del ejército victorioso, llevaba la cabeza de Goliath en la punta de su espada; y así la llevó hasta Jerusalén, para enseñarla á los jebuseos que ocupaban la ciudadela, y hacerles comprender desde entonces que un día serían vencidos ellos mismos por el vencedor de Goliath. Después colocó la espada del gigante cerca del tabernáculo del Dios de los ejércitos, como testimonio público de que á él solo se debe la gloria y la victoria. Pero nos queda un monumento más duradero del pensamiento de su corazón; este es el salmo 143, que la inscripción griega nos hace ver que fué compuesto contra Goliath; en él David da gracias á Dios por las victorias conseguidas, y le pide le continúe su protección, diciendo:

«Bendito sea el Señor Dios mío, que adiestra mis manos para la pelea, y mis dedos para manejar las armas.

»El es para conmigo la misma misericordia, y el asilo mío, mi amparo y mi libertador; el protector mío, en quien tengo mi esperanza; el que somete mi pueblo á la autoridad mía.

»¡Oh, Señor! ¿qué es el hombre para que te des á conocer á él? ¿ó el hijo del hombre, que así le aprecias?

»El hombre por el pecado ha venido á ser nada: sus días pasan como la sombra.

»Señor, inclina esos tus cielos, y descende á socorrernos; toca los montes, y se desharán en humo.

»Vibra rayos, y disparás mis enemigos; arroja tus saetas, y los llenarás de turbación.

»Alarga desde lo alto tu mano, y arrebatame del abismo de las aguas de la tribulación; librame de caer en poder de estos extranjeros.

»Cuya boca no habla sino vanidad ó mentira, y cuyas manos están llenas de iniquidad.

»Oh Dios mío, yo te cantaré un cántico nuevo: con un salterio de diez cuerdas te cantaré himnos de alabanza.

»Señor, tú que das salud ó felicidad á los reyes, que libraste á David, siervo tuyo, de la espada sangrienta,

»Sálvame ahora, y sácame de las garras de estos extranjeros, de cuya boca no sale sino vanidad ó mentira, y cuyas manos están llenas de iniquidad.

»Los hijos de los cuales son como nuevos plantíos en la flor de su edad; sus hijas, compuestas y engalanadas por todos lados, como ídolos de un templo:

»Atestadas están sus despensas, y rebosando toda suerte de frutos; fecundas sus ovejas, salen á pacer en numerosos rebaños:

»Tienen gordas y lozanas sus vacas; no se ven portillos ni ruina en sus muros ó cercados, ni se oyen gritos de llanto en sus plazas.

»Feliz llamaron al pueblo que goza de estas cosas. Mas yo digo: Feliz aquel pueblo que tiene al Señor por su Dios.»

Puede creerse que este cántico se cantó en nombre de Saul. Los hijos del extranjero son, naturalmente, los filisteos. La oración para ser libertado ó preservado de su mano, conviene mucho mejor á los primeros días de David que á la época en que estaba en el trono. Estas palabras: «El es quien somete mi pueblo á la autoridad mía», pueden aplicarse no sólo á Saul, sino al mismo David; pues desde entonces, á causa del mando militar que se le había confiado, el pueblo estaba sumiso á él. Lo que hacía que fuese sumiso de un modo muy especial, era el afecto que todos le tenían. Este mismo temor del pueblo fué el que le hizo caer en desgracia con Saul.

Mas cuando volvió David, después de haber herido al filisteo, salieron las mujeres de Israel á recibir al rey, cantando y danzando, y mostrando su alegría con panderos y sonajas. Y danzaban las mujeres cantando y diciendo: «Hirió Saul á mil y David á diez mil.» Descontentaron mucho á Saul estas palabras, quien dijo: «A David han dado diez mil y á mí han dado mil; ¿qué le falta sino sólo el reino?» Por lo que desde aquel día en adelante no miraba Saul á David con muy buenos ojos.

Dando con este motivo entrada en su corazón á la cólera y la envidia, Saul abría la puerta á este espíritu maligno que Dios había dispuesto le atormentara. En efecto, al día siguiente se apoderó de él el espíritu maligno, y profetizaba en medio de su casa. Sin embargo, David tocaba el arpa, muy diestro en tañerla; sólo él con arrebatadora música, acertaba á contener el extraño mal que de vez en cuando atormentaba al monarca; arrebatado y furioso sólo se recobraba al oír el arpa de David. Mas en cierta ocasión Saul tenía en su mano una lanza, y arrojóla creyendo que podría clavar á David en la pared; mas éste huyó el cuerpo y evitó el golpe. Saul temió á David, por cuanto el Señor era con él y se había apartado de Saul.

Quando se dice que Saul, atormentado por el espíritu maligno, *profetizaba* en su casa, se toma esta palabra en mal sentido. Los